

# LA AURORA DE GALICIA.

PERIÓDICO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

---

El error, como la fama, adquiere mas fuerzas á medida que se va propagando. Cuando nace es un átomo casi imperceptible: pasando de boca en boca se desarrolla y crece hasta llegar al término, en donde, no pudiendo seguir adelante, forzoso es que pare ó que retroceda. Esta fatal progresion se observa en casi todas las aberraciones del entendimiento lo mismo que en las depravadas inclinaciones del corazon humano. No citaremos ejemplos de los errores de la época en materia de religion, de moral y de política; porque respetamos la ley civil que nos prohíbe pisar este terreno. Y así sin salir del campo de la literatura, daremos una breve idea de un error mas transcendental de lo que parece, de sus progresos, y del punto á que ha llegado, con mengua de la razon y escándalo de los verdaderos literatos.

¿Qué error es este, y cual su origen? Consiste en creer que deben desecharse ó muchas, ó todas las reglas establecidas en lo antiguo y aprobadas por el unánime asenso de los sabios de todos los siglos, ó porque se miran como falsas, ó como inútiles, ó como perjudiciales. Todas estas fases ha presentado el error, contando desde su origen. Este se debe á un amor escesivo hasta el fanatismo de la libertad é independencia absoluta así del pensamiento, como de todas las facultades del hombre.

Libertad! . . . todos la queremos, porque es una preciosa dádiva del cielo, un derecho imprescriptible de todo ser racional. *Bien entendida*, es el apoyo, la salvaguardia y una de las condiciones necesarias de la felicidad de los pueblos. Pero si se comprende mal, si se abusa de ella, si se extralimita si traspasa la valla que la religion y la misma razon le prescriben, entonces ¡cuantas lágrimas hace derramar á la mísera humanidad! ¡cuantas iniquidades se cometen á la sombra de su mágico nombre!

Esto es natural; porque el hombre que pretende una libertad é independencia absoluta, se insurrecciona contra todas las leyes divinas

y humanas, como otras tantas trabas de su libre alvedrio. Se alza tambien contra su razon, porque reprueba y corrige los estravios de una fantasía desarreglada y delirante. He aquí el origen y causa primaria que ha impulsado á formular el programa: abajo las reglas etc. *la libertad mal comprendida.*

Sin embargo, cuando los novadores, hecho el apresto de sus máquinas de guerra, comenzaron á destruir el grandioso edificio á cuya construccion y sostenimiento habian contribuido los sabios de todos los siglos, no se atrevieron á dar un ataque general á todas las reglas enseñadas desde la mas remota antigüedad. Se contentaron con desechar una que otra, confesando al mismo tiempo que no se debía tocar á otras que *se apoyan en las eternas é inmutables facultades de nuestra inteligencia.* A su tiempo veremos si todas las que ellos repudian como *variables*, lo son efectivamente, y si *proceden de los elementos variables, suministrados por la civilizacion.*

Así las cosas, se presentaron en la liza nuevos campeones que atacaron todas las reglas, no porque las tengan por falsas, sinó porque las consideran inútiles; pues confían tanto en el vigor y fuerzas de su ingenio, de su inteligencia individual, que se creen capaces de practicarlas sin haberlas estudiado, ó de adivinarlas por sí sin el auxilio ageno.

Ya solo faltaba echar abajo todas las reglas sin excepcion alguna, á pretexto de que *el genio humano, esa ráfaga luciente que abriga los hombres impávidos, jamás pudo avenirse con la compaseada (ó compasada) y hastiosa marcha de los preceptistas*, porque esto seria una intolerable esclavitud; una marca ignominiosa para el hombre libre y dueño absoluto de sus acciones y pensamientos.

Tal es el estado de dicho error desde que se apoderó de las cabezas volcánicas de ciertos jóvenes que en su estandarte osaron inscribir: *abajo reglas, escuelas, y maestros.* Apenas han

indicado siquiera la mas pequeña razon para apoyar tan ridícula extravagancia. Y aunque es cierto que acudieron á su socorro el Sr. Lasagra y el Eco del comercio, no lograron mas que poner la cosa en peor estado, revelándonos ademas el verdadero sentido de aquellas misteriosas palabras del Porvenir: *nosotros vamos aun mas allá*. Vayan benditos de Dios: nosotros no les seguiremos, porque no queremos salir de nuestro terreno.

Recientemente vemos celebrada la ridícula bandera al son de la música del mal templado *Laud castellano*, cuyos tañedores deben figurar en primera linea entre los adeptos de la nueva *secta delirante*.

Observamos no obstante en su escrito la particularidad de que no imita á los delirantes de acá, quienes se contentan con decir generalidades contra el uso de las reglas, sin que sus redactores desciendan impávidos á la arena á combatir algunas que están marcadas con el sello de aprobacion de cada uno de los muchos siglos que han atravesado. Este modo de guerrear, nos ofrece la ocasion de defender las que sucesivamente se vayan atacando. No prometemos mas, porque para demostrar la conformidad que tienen todas con la razon, sería necesario transformar nuestro periódico en un libro elemental de *retórica*, ó en un difuso tratado de *filosofía de la elocuencia*.

Daremos pues en otro número un artículo en que haremos ver que en el referido *Laud castellano*, están acordes y aun unísonas su música, su lógica y su literatura. Removido este pequeño estorbo, nos lanzaremos con mas desembarazo en el campo de batalla para batirnos con otros enemigos que filosofan mas, aunque no tan bien como debieran.

## DIARIO.

### Memorias de Semana santa.

Viernes santo.

En este dia parece que el espíritu naturalmente se aparta de lo mundano, y se entrega todo entero al que fué preso en el huerto de Jethsemaní y arrastró una pesada cruz para morir despezado en ella por los crímenes de todos los hombres. Esa víctima celestial, prometida ya al primer delincuente para consuelo de todo el género humano, es la que hoy nos mueve á implorar prosternados su generoso perdon ¿Quién no vió en este dia asaltada su imaginacion por el espectro del delito,

que con una mano señala al criminal los males que ha causado, y con la otra la eternidad de dolores? . . . ¿Que avariento no escuchó hoy en sueños los gemidos de innumerables infelices, exalando el último suspiro en medio de las agonías mas acerbas? ¿Que adúltero no pensó hoy en el deshonrado esposo, que maldice su destino, maltrata al inocente fruto de una pasión criminal, y clava un puñal homicida en el pecho de la fementida consorte? ¿Que libertino no se estremeció en este dia al ver á su abandonada amante entregada á la prostitucion mas asquerosa? Y que asesino no tembló hoy de espanto, mirando alzarse del sepulcro la sangrienta sombra de su víctima, acercarse á el con planta vacilante y amenazarle con la justicia eterna é incorruptible? . . .

La imaginacion se turba; el corazón desfallece con tan pavorosas reflexiones ¡Infeliz de aquel, de cuyo pecho huyó la paz de la virtud! Desventurado, si menosprecia la clemencia, con que brinda á un alma contrita un Dios asesinado que perdona á sus propios verdugos.

La Iglesia, como una viuda desconsolada, llora hoy la muerte de su amado esposo. Los altares están cubiertos de luto. Las campanas enmudecieron. Los sacerdotes suspiran cautivos de penitencia. Todo, todo respira desolacion y tristeza al rededor de la tumba del hijo del hombre.

Las sombras de la catedral nos parecieron hoy mas misteriosas y mas tétricas que nunca. En los semblantes de los fieles estaba impresa la amargura del corazón, producida por la memoria de un mundo de tantos escollos, y de tantos peligros. Y quien no llora hoy los delirios y extravíos de la vida? . . . ¡Oh Religion divina, religion de los desgraciados, que encantadora nos pareces hoy sobre el sepulcro del Redentor, tendiendo amorosa los brazos á los infortunados hijos de Eva, brindándoles con tu generosa misericordia! ¿Que tiermas son tus lágrimas! ¿que penetrantes tus suspiros, y que sentidas tus quejas! . . .

Las ceremonias de la iglesia este dia están llenas de secretos. Todo era magnífico. Sacerdotes con vestiduras moradas—un arzobispo descalzo—cruz desnuda—quejas divinas, las mas penetrantes—*Pueblo mio ¿que te hice, ó en que te contristé? respóndeme ¡Porque te saqué de la tierra de Egipto preparaste una cruz para tu salvador! . . .*

*Su salida está preparada como la de la aurora, y vendrá á nosotros como la lluvia temprana y tardía sobre la tierra. . . ¿Que mas haré por tí Efrain? ¿Que mas haré por tí*

Judá? *Vuestra misericordia es como la nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada que pasa...* ¿A quien no elevan á quien no arrebatan las armonías de la Religión?... ¡Barbaros! y os atreveis á decir que el Evangelio es obra del pensamiento humano? Que obra del hombre es tan admirable tan santa, tan eterna, tan dulce, y tan consoladora?... cuando ese vano mundo que tanto os fascina, os vuelva la espalda, y os pague con ingratitud los sacrificios que por él haceis: cuando seais juguete del infortunio, y no encontréis una mano bienhechora de tantas como besais, que alivie vuestros quebrantos: cuando por todas partes no halleis mas que el inhumano desprecio, el vil sarcasmo, y la helada indiferencia: cuando os veais escarnecidos por los inconstantes objetos de vuestra idolatria; y cuando vuestros efímeros placeres os recompensen con enfermedades y miseria, entonces, solo entonces conoceréis lo que vale reclinarse la cabeza sobre la cruz.

*Procesion del santo sepulcro.*—Eran las cinco de la tarde, y un innumerable concurso estendido por el repecho que desciende desde el pórtico del ex-convento de santo Domingo hasta la *Puerta del Camino*, aguardaba la salida de la procesion. Los últimos rayos del sol doraban las denegridas paredes del convento. El triste sonido del bronce santo desgarraba los aires, anunciando el dolor y la muerte. Dentro de poco vimos salir de la iglesia un sacerdote con el signo de la redencion en las manos, de cuyo leño pendia el Redentor del mundo. ¿Y no vendria al rededor de esta cruz un coro invisible de ángeles cantando en un tono dolorido y penetrante el pecado del hombre, la agonía de Jesus, el terror del mundo y el espanto de la muerte? Nosotros lo imaginábamos así.

Un extranjero, á quien acompañábamos, al pasar la primera efigie de la procesion fúnebre, dobló la rodilla, inclinó la cabeza, y en seguida dirigió una mirada suplicante al protector del género humano. Este extranjero era un marino irlandés: el Dios que adoraba en Irlanda lo encontró tambien en un país extraño, que es lo único que puede consolar á un extranjero.

Entre dos prolongadas filas de personas de distintas categorías que se estendian por uno y otro extremo de la calle, llevando hachas encendidas, vimos sobre los hombros de cuatro sacerdotes el santo sepulcro; ¡el santo sepulcro! sobre el que lloran ángeles, que el pensamiento de un artista engendró en santas horas de piedad. Aquellos ángeles con los instrumentos del martirio del Redentor en las

manos, miran los unos al cielo como desamparados huérfanos, á quienes la muerte arrebató un padre que los colmaba de cariños y regalos. *Pupili facti sumus absque patre*, los otros enjugaban sus lágrimas, cerrando los ojos á una luz que lleva en pos de sí la noche de las tumbas. Pero acerquémonos mas, y veamos el tesoro que encierra aquella urna ensangrentada. ¡Lastimoso espectáculo! ¡espantoso cuadro! ¡precioso cadáver! Generaciones todas de la tierra, que dejasteis impresas en ella las huellas de la desolacion y de los crímenes, levantaos de vuestros sepulcros y agrupaos al rededor de la tumba del hijo del hombre. Contemplad aquel sacrosanto y régio cadáver cubierto con la púrpura de su sangre; aquella cabeza que arrojaba rayos de luz obscurecida por el vil polvo y bárbaras afrentas; aquella boca entreabierta, de donde salian palabras de dulzura para todos los corazones, ahora muda y denegrida como lirio marchito... Hijos de Jerusalem, bien haceis en llorar por vuestro amado Nazareno. Aquellos ojos que eran el amor de los cielos, ya mas no os consolarán con sus tristes y embelesadoras miradas. Aquella boca, de donde salian todas las armonías y todos los conciertos de los ángeles, ya no hará estremecer de ternura vuestros corazones. Aquellas manos, cuyo suave tacto sanaba los enfermos y resucitaba los muertos, ya no bendicirán mas vuestras bodas ni vuestras viviendas... Niños de Judá, bien haceis en llorar por el *Desconocido*, que os acercaba á sí, os sentaba sobre sus rodillas, y os daba besos en el rostro... ¡Ah! tanto se reúne en nuestra imaginacion á la vista de este sepulcro... ¡De tantas cosas quisiéramos olvidarnos!

Al santo sepulcro seguia una música militar tocando una marcha fúnebre, cuyos lentos compases marcaban los pasos de una escolta de guerreros que iba en pos con las armas á la funerala, triste homenaje á la muerte del Dios de los ejércitos.

Algo mas lejos descollaba la mas afligida, la mas desventurada de todas las madres. Maria, traspasada de dolores, trae en su pálido rostro todas las penas, todas las amarguras y todas las agonías de la vida. Sola, tan sola y tan desierta su alma que ningun ser, de los que pudieran distraer las penas del mortal, está en armonia con su delicado corazón. Su hijo querido, en quien tenia su cielo y todas las delicias de la existencia, aquel hijo adorado que llevara en sus entrañas, que tantas veces estrechaba en sus brazos, aquel hijo que la amaba con tanto extremo, aquel hijo ha muerto. ¿Y quien mitigará ahora tanto dolor? ¿La muerte? No, no es bastante, porque la

ensangrentada sombra de su hijo querido está en el mundo. ¿La vida? De qué la sirve la vida, si el cuerpo de su hijo está en el sepulcro! ¡Oh desventura de las desventuras, no poder morir ni vivir, y en medio de esta existencia incierta, una alma abatida, desolada, insensible con la fuerza del sentimiento muda con la intensidad del dolor! El desgraciado experimenta algún alivio contando sus penas á otro desgraciado, pero María ¿á quien contará las suyas, sinó existe en el mundo otra muger tan desventurada?

Un manto negro como la noche, la cubre desde la cabeza á los pies; de sus entreabiertos é inmóviles ojos brotan algunas lágrimas que brillan sobre sus mejillas con el resplandor de las antorchas fúnebres; sus manos, apretadas fuertemente sobre el pecho, parece que abrazan la ilusión querida de su adorable hijo, como si le huyera del corazón. Así la vemos marchar tras el sepulcro de su difunto Jesús, acompañada de multitud de sacerdotes consagrados á su culto, y jóvenes colegiales que llevan en sus mantos el corazón y dolores de su protectora. La hora era á propósito para hacer mas augusta esta procesión fúnebre, porque dentro de poco las tinieblas de la noche se habian estendido sobre la tierra, y el sinnúmero de luces que iluminaba tan grandioso funeral, hacia mas imponente y misterioso aquel vasto cuadro de tristeza, de contemplación y de magestad.

José M. Posada.

## JUEGO DE BANCA.

Una noche en que yo maldita la cosa tenía que hacer, por vía de distracción me entré en un famoso garito, ó sea *casa de banca*, acreditada en regla por la afluencia de jugadores á ella y las sendas onzas de oro que al azar se abandonaban. A la redonda de espaciosa mesa estaban apiñados muchos individuos del sexo feo, ya de adulta, ya de madura edad, en cuyos rostros se pintaba con sombrío color el angustioso afán de la ganancia. Tanta era su estúpida abstracción y tal su inmovilidad, que apenas se podría adivinar cuales eran los perdidosos y cuales los favorecidos por voltaria suerte, sinó fuera por algunos rechinamientos de dientes poco disimulados, por ciertas interjecciones que se percibían como rumiadas, ó por los instantáneos alegrones con que brillaban algunos ojos; por lo demás el ceño de

la ansiedad era la fisonomía general de aquella reunión, y la rubicundez mas ó menos pronunciada el síntoma característico de que todos estaban poseídos de la misma dolencia, del deseo estremado de ganar, del angustioso temor de perder.

Muchos habia que insensibles por la costumbre, *apuntaban* con estoica serenidad, pero los mas deponían sobre el naipe con mano temblorosa la ofrenda de amor al INTERES, adorado ídolo del hombre. A varios los distraía el continuo contar y recontar de las monedas, quizá para calcular mejor con repetidos balances la inseguridad de su capital. De todos ellos, los que mas tortura padecían eran los *novatos*, siempre perdidosos; tontos que creen de buena fé en la legalidad de lo que las leyes condenan, que piensan sencillamente que no hay trampas ni fulleras en el mundo. Si tuvieran en consideración los naipes de *pegote*, los *ganchos*, y mil lindezas mas que ejecutan con admirable sutileza los tahures de profesión, conocerían á las claras que en la banca no hay sinó lobos y ovejas, tunos y bobos.

Contemplando aquella escena, imagen fiel del mundo, me habia sentado cerquita de la puerta de un gabinete de descanso, desierto entonces, pero á poco ocupado por dos aburridos jugadores que entraron uno en pós del otro, y entablaron el siguiente diálogo que la puerta entreabierta me permitió oír,

—Que tal, Bustos, ¿ganas mucho?

—Déjame en paz, pierdo lo que no es creíble, y tú?

—Una friolera, mas de quinientos pesos; el diablo está hoy á mal conmigo; no acerté una; dos onzas puse á una maldita sota que segun mi cuenta no debía fallar y... tontearia! se las sopló la banca; fastidiado vengo á esperar que la suerte se mude, luego probaré fortuna con el único duro que me resta y si *trueno*, creo que me...

—Serenidad, hombre serenidad; no te desesperes; á mi me lleva el mismo viento, de ochenta duros ya solo cuento cuatro, los demás se hallan bonitamente enterrados por esos bolsillos.

—Serenidad dices, cuando tengo una esposa é hijos que me pedirán mañana pan... oh! esto es horrible! maldita sea mi estrella!.. mañana, mañana tal vez no habrá en casa con que desayunarnos... por mí no lo siento, pero ellos ¿que culpa tienen de mi mala fortuna?

—Que aprensivo eres! Ya no hay para tí ningún recurso?

—Cual?

—Pedir prestado.

—No tengo crédito; estoy empeñado hasta dejarlo de sobra; no hay amigo á quien no hubiese molestado, logrero á quien no hubiese recurrido.

—Se vende hasta el último cachivache

—Triste paso que ya he dado; vé á mi casa y verásla sin lo mas preciso... pobre esposa mia! me ha sacrificado su felicidad; la he disipado su cuantiosa dote; por mi culpa está próxima á caer en el espantoso abismo de la miseria y sin embargo no hace mas que sufrir y callar. Si alguna vez me reprende el vicio infernal que me domina, es con tanta dulzura!... su elocuencia son sus lágrimas... me estremezco por ella, ella padece por mí... Hoy he de aventurar hasta el último maravedi, y si tambien lo pierdo... jugaré hasta la camisa, jugaré el alma si algo vale, y despues, perdido todo, mendigaré, mendigaré!.. oh, no... mi honor!.. mi orgullo! el orgullo de un jugador!.. del que se miró colmado de oro!... robaré, sí robaré... que me importa la justicia de Dios? qué la justicia de los hombres? la carcel?... el presidio? son un paraíso en que dormiré libre del oprobio, lejos de la vista de todos... Jugaré mi último duro; acaso me haré con él un potentado.

—Bien dicho, bien pensado, Pizarro! Somos de un mismo temple de alma, si bien yo no me hallo en tus circunstancias... Yo soy libre, aunque tengo jurado amor eterno; estoy todavía soltero, aunque no tardaré en desposarme con una rica heredera, á quien he hechizado con esta luenga barba rubia, con estos ojos picarillos que nosotros los jugadores sabemos manejar tan bien, con este porte caballeroso que á todo trance conservamos para pedir prestado en caso de bancarrota, y para ganar corazones cuando se trata de muchachas ricas, ó como ahora se dice de *señoritas bien educadas*.

—Si pudiera contar con tales esperanzas!.. pero ya tengo mujer que ha sido rica y la empobrecí; que me ha confiado amante su corazon y su tesoro, y la he vendido entregando su tesoro á los ladrones, y la he menospreciado anteponiendo á su corazon una baraja... Yo ya tengo esposa,... esposa infeliz, ... infeliz para siempre. Antes jugaba para mí, ahora juego para ella ¿que otra cosa puedo hacer?... Sin dinero que es el hombre en la sociedad? Asqueroso reptil de quien todos huyen, á quien todos huellan. ¿De que le sirven al pobre sus talentos? Lo que hace el pobre es pobre cosa. El hombre sin dinero tiene ojos y no ve sinó sus harapos con afrenta y las galas ajenas con envidia; tiene oidos y no oye en torno mas que los lamentos del

hambre y la desesperacion; tiene olfato solo para las fétidas emanaciones de la miseria, paladar únicamente para alimentos groseros á que no tocarían los perros del rico...

No filosofes mas, Pizarro,

hoy día

es tu duro tu ventura,

y la mia

mi doblon y mi futura.

Ya estamos mas tranquilos; ya se habrá mudado la suerte, vamos ¿no ves cuanto oro reluce?

Y volvieron á la endiablada mesa. A la sota! exclamó Pizarro. Al caballo! dijo Bustos; pero ni el caballo, ni la sota fueron los favorecidos. Diestra mano que sabia que nada se podia ya esperar de aquellos *tronados*, acabó de echarlos á pique, á pesar de su fortuna.

Eran las once de la noche; habia sobrado tiempo todavía para que otros corriesen borrasca, pero para mí era demasiado tarde. Salíme, pues, con la segunda intencion al mismo tiempo de seguir á los interlocutores, que tambien acababan de dejar el campo á otros mas venturosos. Parecia que huían, tal era su desencajado paso. A lo lejos percibia sus rabiosas maldiciones, sus inauditas blasfemias; mas cerca solo pude oír:

—Bustos, pide tambien para mí, te ofrezco pagar con las setenas bajo mi palabra de honor, ya sabes que nuestra palabra de honor es inviolable, que no hay fé como la fé del jugador.

—Te lo prometo, hasta mañana...

—Y cada uno tomó por distinta calle.

Habia pasado un mes sin que hubiese vuelto á ver á ninguno de los dos. Curioso de un desenlace, volví otra noche al garito; no estaban. Un mozo acababa de mudar las barajas y bajaba la escalera; fui tras él y le hice algunas preguntas.

Como? No sabe V. que ha sido de esos pobres hombres; bien se conoce que no es V. *parroquiano*. El uno nos ha vuelto la espalda como un cobardé, el otro mas valiente vá á estas fechas á seguir su *signo* en Ceuta.

—Que me dice V!

—Lo que V. oye. Ya sabrá V. que el Bustos estaba perdidamente enamorado...

—Sí, del dote dije yo para mí.

—De quien dice V?... era bien público... de Doña Luisita, hermosa y rica chica, hermana de Pizarro, que por grandeza se educaba en el convento. Sus amores eran tan reservados como finos, pero el diablo que todo lo enreda, quiso que Bustos y Pizarro perdiesen una noche cuanto tenían y que cada cual se marchase amostazado en busca de remedio.

Pizarro, según dicen, halló en su casa llantos y enfados, porque parece que tiene una mujer *llorimicon*, y con tal virtud en su llanto, que llorando ella, lloraba Pizarro y lloraban los hijos. Bustos ha sido más afortunado por de pronto. A su querida se le había antojado poner más bonito un precioso aderezo de brillantes, y sustituir á una rica cruz otra cosa más de moda, el retrato de su amante daguerrotipado y engarzado en oro. Bustos lo recojió, en concepto de la señorita con aquel objeto, pero para sus botones con la bonita idea de venir á empeñarlo y ganar antes con él algunas onzejas. Para su perdición estaba aquella noche de banquero el *tuerto*, y antes de media vuelta el precioso aderezo ya tenía nuevo dueño, era de la señora que como V. sabe, da dinero por alhajas. Yo no sé lo que hizo Bustos entonces, sí sé que por aquí no ha vuelto; solo supimos que riñó con la novia, que la novia pidió el collar, que él lo negó, ella acudió al hermano, el hermano corrió á casa de su compañero de banca, este le recibió mal, hubo explicaciones, al otro día cachetes como VV. saben darlos. Pizarro fué herido, más tarde la Justicia se metió por medio y no sé como, envió á Bustos á purgar sus pecadillos á Ceuta, mientras que por intercesion de buenos amigos, se hizo la sueca con Pizarro; la querida se quedó sin querido y sin aderezo, y á nosotros tampoco no nos faltó que sentir. Ahí tiene V. los enredos del diablo.... —C. y G.

### El Invierno.

¿Quien del Invierno ceñudo  
No teme los crudos hielos  
Y las bravías tormentas  
Con sus lluvias y sus truenos?  
—Tengo frio... brurr... brurr... brurr...  
Que me traigan un brasero»,  
Uno así dice, otro—¡ay!  
Me he mojado hasta los tuétanos.  
—¡Que diablos! me he constipado!  
Cugg... cugg... que dé en tisis temo.  
—¡Maldita estación! veamos  
Si escampa ¡quí! ni por pienso...  
—Si no se puede salir!...  
Un charco todo está hecho.  
—¡Voto val.. ¡por vida de...!  
Hacer el viage hoy no puedo.  
—¡Vaya un viento!.. ni hay señal  
De que se calme; en el suelo  
Da con el mas gordiflon...

¡y que fino, santos cielos!  
—Hay que taparse el hocico.  
—No, sinó hasta el entrecejo.  
—La punta de la nariz...  
No se aguanta, está hecha un hielo.  
—¿A qué me quedo sin uñas?  
—Soplarlas.—Buff... ¡ni con esto!  
—¡No hay ropa que llegue! ¡Toma!  
Si marca diez bajo cero...!  
—No gano para calzado,  
No señor ¡es mucho cuento!  
—Bah! preciso es confesar  
Que no se vive en Invierno.  
—Jesus, que sabañonazos!  
Pardiez, no paro con ellos;  
Voy pasear largo y al trote  
Para ver si en calor entro.  
—Que no se puede salir  
A paseo! esto da tedio.  
Diablo! estoy hecho un huron...  
¿Cuándo cesará este encierro?  
Ya me fastidio, me aburro,  
No sé que hacer ¡santos cielos!  
Son eternas estas noches...  
¡Que frio... que frio horrendo!  
—Iré á casa de... no, no.  
Tanta charla me harta... ¡bueno!  
Y entonces? jugaré un poco?  
Menos mal; corre así el tiempo...  
A este tenor se oye hablar  
A las gentes en Invierno.  
Todos lo temen... ja.. ja...  
¡Y yo cuanto lo deseo!  
Que al verle asomar la barba  
Mucho, muy mucho me alegro,  
Pues como bobo al instante  
Me planto en mi invernadero,  
Que es una estancia templada  
Por un colmado brasero;  
El piso alfombrado en regla  
Con pieles, que es un contento.  
Me doy cuatro paseitos  
De un lado al otro, muy tieso,  
Empinando sendas copas  
Del Málaga ó Jerez seco.  
Distribuyo así las horas:  
En cama pido el almuerzo,  
Que es un tazon de café,  
Con su tostada de á dedo.  
¡Magnífico! á medio dia  
Mesa abundante... y es un hecho,  
Allí me fijo hasta que  
Quedo cual pavo relleno.  
Puros... luego la poltrona,  
Que es mi mayor parapeto,  
Donde acurrucado estoy  
Hasta que el manjar digiero.  
A noche vienen amigos

Y platico ó me divierto  
 Hasta las diez ó las once  
 Con los naypes ó el tablero.  
 Basta pues: ea, muchacha,  
 Ya es hora de que cenemos;  
 Me la sirve grandemente  
 Y... buenas noches, al lecho.  
 Arropado á mi placer  
 Un suave calor siento,  
 Y en breve en gloria me hallo,  
 Cual se dice, esto es, me duermo.  
 Y eche V. agua y granizo,  
 Escarcha, y nieves, y vientos,  
 Que así tanto me incomodan,  
 Como del alba el lucero.  
 Sabañones, ni catarros,  
 Ni á nada temor le tengo;  
 Robusto como una encina  
 Vivo en mi cuartel de Invierno.

Alberto Camino.

#### RECUERDOS DE MADRID.

##### Paseo á Chauvartin.

Eran las 12 cuando salíamos de Madrid. El cielo de un azul purísimo, el calor vivificador del sol de enero, el campo vibrando con los vapores de la primavera, la corte de descanso, todo daba al corazón placer y al alma recuerdos de los bellos días pasados en la florida Galicia, deseos vehementes de volver á disfrutarlos, y sensaciones del momento ya dulces, ya amargas. Si este paseo hubiera sido en Galicia, á cada paso un nuevo objeto, una nueva perspectiva vendría á alhagar los sentidos. Allá una colina que se aparta ó se interpone, una hondonada que aparece, una robleta que pasa, bastan para tener la imaginación siempre contenta; aquí una monotonía continúa, un terreno siempre el mismo dan al espíritu una languidez insufrible. En vano plantan calles de árboles y forman costosos jardines; las arboledas y los jardines, obra del hombre, causan fastidio por muy verdes y floridos que sean. En ellos el alma no contempla una mano oculta que cria y reproduce; no admira por amor propio; solo ve la obra de un igual, ó mas bien de un inferior. En las florestas y parterres de la naturaleza hay que gozar indefinidamente, que admirar incomprensibles, que adorar el poder invisible que enlaza el lúpulo en el aliso y corona el roble con guirnaldas de madreSelva, y esmalta el césped con botones de oro; y no con cauces mezquinos ó no-

trias impotentes, sino con ríos caudalosos y torrentes cristalinos, y lluvias y rocios oportunos, riega las cimas y los valles, el tomillo del monte y el heno de la pradera. En las florestas de la naturaleza no vé el hombre jardinero y vé jardines; este prodigio le sorprende, este misterio absorbe todo su entendimiento y le conduce á sublimes consideraciones: tierra y cielo. . . hombre y Dios. . . flaqueza y poderío. . . nonada y grandeza suma. . . tiempo y eternidad. . . he aquí las ideas que nacen y se combinan en los jardines de la naturaleza: ellas trasladan el alma desde este penoso destierro á su patria querida, por eso le son tan dulces aquellos sitios.

¿Qué bellezas tenemos que admirar en los jardines de la Fuente castellana que ahora pisamos? Los hombres han plantado aquí sobre un suelo arenoso, hileras de acacias y de negrillos, abrieron á cordel calles anchas y angostas, diferenciaron arriates con tierras mas pardas ó mas negras, formaron orlas de bojés y encerraron con enrejados de palos toscos así á la palmera que ondea libre en el abra-sado pensil, como al alhelí nacido en el torreón de antigua fortaleza; así á la violeta del verjel húmedo, como á la siempreviva del árido cerro. A las unas y las otras las fuerzan á vivir esclavizadas bajo un cielo enemigo, que no tiene lluvias y rocios benéficos para las unas, y tiene escarchas y hielos sobrados para las otras, y sin embargo viven obedeciendo al hombre y acatando su poder. ¡Pobres sauces de Babilonia! Ahí en rueda delante de esa cascada con espejuelos en vez de musgo, con pilares y jarrones tallados en vez de rocas resquebrajadas y carcomidas, con raudales espumosos solo cuando al hombre se le antoja jugar con las aguas, morireis de hambre como Lázaro á las puertas del avaro. Inútilmente estendereis vuestros flexibles brazos hácia el tesoro encerrado que podía daros vida, y en vano vuestras hojas marchitas, agitadas por el cálido cierzo, despedirán quejidos de dolor. Estais condenados á una existencia breve y amarga por el ser cruel que fué criado para producir, á imitación de aquel cuya imagen es, y que sin embargo pasa por el mundo destruyendo y talando como enemigo; de aquel que nació para respetar las leyes de la naturaleza, y no obstante se empeña en contrariarlas diariamente, quizá solo para ostentar vanidoso que tiene un libre alvedrio, funesto privilegio que solo ejerce luchando con la naturaleza, interrumpiendo la armonía que debe reinar entre los cielos y la tierra. ¡Pobres sauces! ¡pobres álamos que doblegados en arcos formais por ahí abajo anchurosos cenadores! No clameis piedad, que el

hombre tiene corazón de acero para las desgracias ajenas, aunque parezca de vidrio para los males propios. El arroyo Abroñigal encerrado de la otra banda en profundo cauce, está bastante lejos, y sus bramidos de invierno, y su languidez de verano le impiden oírlos. Solo os queda una protección; esa noria pintada de azul, situada á la cabeza de los jardines entre franjas de vinca y de convólculo, es el ser caritativo colocado por la Providencia en medio de los indigentes; pero ¡ay! son tantos los necesitados, que la caridad más ardiente no basta á socorrerlos; esa noria tiene que alimentar la fuente del cisne, que allá abajo ostenta sus graciosas formas y blanco alabastro; la *fente castellana*, cuya alta ahuja descuelga por todas partes sobre los árboles; la cascada escondida en aquel rincón entre los rosales, los jardines, las arboledas...

Pasado ese puente sostenido por maderos, está otra obra loca del hombre; un collado vestido con las jaras y los tomillos arrebatados al lejano monte, y apellidado *monte* porque hay en él esas galas usurpadas, una cuestecilla de 100 pasos con pinos todavía niños á los lados y en lo alto una plataforma con arbolillos y asientos. Así llaman gigante al pigmeo que se ha subido sobre las cabezas de la muchedumbre; así llaman vencedor al que gana la batalla con el valor de mil corazones que no son el suyo, al que derrota al enemigo con los mil aceros empuñados por otras manos... Farsa es el hombre y las obras del hombre; para conocer al uno y á las otras arrancádes la máscara; vereis entonces detrás de la risa las lágrimas, detrás del orgullo la bajeza, petulancia lo que parecía ciencia, la fealdad del corazón cubierta por la hermosura del rostro. Vereis en el palacio que se levanta, la ruina de una fortuna mal adquirida, en el arco triunfal, la adulación á un poder que se odia, en el mausoleo suntuoso un nombre sin celebridad...

Pero dejemos esta triste filosofía, apartemos nuestros ojos de la humanidad; somos parte de ella, y echándola en cara sus inconsecuencias, nos declaramos inconsecuentes; escarneciéndola nos escarnecemos á nosotros mismos. Solo un loco puede injuriar á su familia.

Este paseo dá origen á tantas reflexiones, porque en él, apesar de tantas bellezas artificiales, nada se halla capaz de adormecer la imaginación. Madrid envuelto en los vapores de la mañana, se va hundiendo á prisa á nuestra espalda. En un horizonte perdido, en una inmensa distancia se vislumbra á siete leguas el castillo de Chinchón por encima de las pendientes yesosas que lame el Jarama. A su lado,

pero más próxima, se descubre la punta de la torre de Vallecas, más al medio día y también más cerca, el Cerro de los ángeles con su hermita en la cumbre, después Valdemoro, Getafe, los Carabancheles y otros pueblecillos humildes ante la soberana de las Españas, y detrás, hácia el occidente, ocupando la mitad del círculo, la sierra de Guadarrama en que hay tantos pinos, tantas peñas y tanta nieve. Esas sierras son para los gallegos de delicioso aspecto, porque nos recuerdan en sus perfiles ondeados y en sus lomas sinuosas, las montañas conocidas de nuestra querida patria, sus valles amenos, sus transparentes ríos, sus apacibles verjeles, sus tranquilos mares.

El terreno de este incommensurable disco, de esta plataforma ilimitada, está regado de una parte por el Jarama, de la otra por el Manzanares, y además por los arroyos que ocasiona el deshielo de las nieves de la sierra, ó las lluvias de las tormentas, y por las aguas subterráneas, resto de los antiguos mares dulces que acarrearón estas tierras de transporte. Si no fueran estas aguas subterráneas, escusado era que el arado abriese surcos tan rectos, tan largos y tan numerosos, y que la industria alzase por ahí alfares y tejas. Mas no obstante estas aguas superficiales y profundas, esto parece una desierta playa; alguna cogujada que chilla, alguna bandada de palomas torcaces que pasa aleteando, los tiros distantes del cazador, el sordo rodar de un carruaje que se acerca, el retiñido de las discordes campanas de Madrid; he ahí lo que tienen los oídos: los ojos encuentran bajo un cielo esplendoroso el gavilán cerniéndose, sobre la tierra el cabrero en el repecho, recreándose con sus cabras, el pastor jugando con sus mastines mientras pacen las ovejas, algún otro labrador contemplando las cebadas, los trigos ó las algarrobas nacientes, ó eligiendo el suelo mejor para garbanzal, y en fin, varios grupos aislados que corren como nosotros hácia Chamartín, á gozar en ese pueblecillo de doce casas, libres de trabas, exentos de murmuraciones, dispensados de las enfadosas etiquetas cortesanas... — *J. M. Gil.*

*Erratas de los números anteriores.*—Página 4, línea 25, dice *desvergüenza* léase *desvergüenza*. En la misma pág. lin. 32, dice *máximo* léase *malísimo*. Pág. 6 lin. 5, dice *me dijo* suprímase. En la misma pág. lin. 20, dice *inclinados* léase *inclinados*. Pág. 42 lin. 23, dice *nevia* léase *suevia*.

NUM. 3.º—MAYO 31.—1845.

DIRECTOR DR. D. IÑIGO GARCÍA JIMÉNEZ.

SANTIAGO: Imprenta de Nuñez Castaño.